

Ser o no ser: el religioso del siglo XXI.* La formación del religioso¹

P. Carlos Palmés, SJ

Resumen

Hay Institutos religiosos que en su escala de valores ponen en primer lugar las obras apostólicas y los puestos de trabajo que hay que cubrir; otros, dan prioridad a la formación de las personas para una Vida Consagrada (VC) de profundidad y un apostolado de calidad. Se pierden muchas vocaciones por falta de una buena formación. En cada etapa hay que enfatizar los temas más urgentes: en el Postulantado, la base humana y cristiana del formando; en el Noviciado, la experiencia de Dios, la asimilación del carisma y la fraternidad, sin olvidar el apostolado; en el Juniorado, se incorporan los estudios que se han de integrar con los otros elementos y se ha de poner especial atención a la formación de la persona interior, en la libertad, la afectividad, y la integración de contemplación y acción; y en la Formación permanente hay que reforzar los cuatro aspectos que constituyen la Vida Religiosa (VR).

Há Institutos religiosos que em sua escala de valores colocam em primeiro lugar as obras apostólicas e os locais de trabalho que têm que ocupar; outros dão prioridade à formação das pessoas para uma Vida Consagrada (VC) de profundidade e um apostolado de qualidade. Perdem-se muitas vocações por falta de uma boa formação. Em cada etapa há que enfatizar os temas mais urgentes: no Postulantado, a base humana e crista do formando; no Noviciado, a experiência de Deus, a assimilação do carisma e a fraternidade, sem esquecer o apostolado; no Juniorato, se incorporam os estudos que se integram com os outros elementos e é necessário colocar especial atenção à formação da pessoa interior, na liberdade, afetividade, e integração de contemplação e ação; e na Formação permanente é necessário reforçar os quatro aspectos que constituem a Vida Religiosa (VR).

En un centro intercongregacional y en un Curso de Formadores por el que han pasado más de 800 participantes de 30 naciones, es muy fácil distinguir cuáles son los Institutos que dan una formación sólida y profunda a los/as jóvenes y quiénes se contentan con el mínimo indispensable, quiénes tienen buenos/as formadores/as y quiénes tienen el cargo de formadores/as entre muchas otras actividades y quiénes son improvisados/as, quiénes tienen superiores/as que sólo dan importancia a las labores apostólicas inmediatas y quiénes dan una formación completa y no apresurada.

Cada vez más se van diferenciando los Institutos que ponen todo el empeño en dar una buena formación, dedicando el tiempo y el personal necesario, y los que siguen obsesionados por el trabajo que les espera y dan una formación superficial

y apresurada, basada en exigencias disciplinarias y en rezos y actos piadosos. Estos ponen al frente de las obras apostólicas al personal mejor preparado profesionalmente y calculan fríamente el porcentaje que va a quedar al fin de la formación para alimentar las obras. Se da mayor importancia a las obras que a las personas.

La primera impresión es que hay Institutos que han asumido la formación como la “primera prioridad” y destinan a ella el personal más cualificado, que trabajan en equipo, que dedican años a las diversas etapas, que se reúnen para dar continuidad y concatenación al proceso, que acompañan personalmente a cada uno de los formandos/as.

El resultado es que los/as jóvenes adquieren una formación sólida y encarnada que les prepara para el ministerio y para la vida comunitaria. En estos, el índice de perseverancia es mayor. También ellos pierden vocaciones, pero no por falta de dedicación y esfuerzo, sino sobre todo por razones personales: algunos provienen de familias destrozadas, o les falta una base humana y cristiana, o no se hace la debida selección, o no se ponen los medios indispensables para enfrentar un mundo “contracultural”.

Lo que es causa de mucho dolor es ver que se pierden muchas -y a veces, excelentes- vocaciones por el descuido o a veces por causas institucionales, es decir, por no tener una organización adecuada de las distintas etapas de formación, especialmente del juniorado, por falta de seguimiento personal, por el bajo nivel espiritual y cultural de la Provincia, por seguir las tradiciones y

no traducir a la situación actual lo que estableció el/la fundador/a en su tiempo. Esto ocurre, sobre todo, en Congregaciones pequeñas que carecen de personal capacitado, o en aquellas que no han tenido la audacia de realizar la “re-fundación” post-conciliar, o en las que mandan a los jóvenes al campo de batalla sin la debida preparación.

1. ¿QUÉ HACER?

Creo que en la formación, lo primero que hay que analizar es *la escala de valores* y preguntarnos “qué queremos”. Si ponemos como el valor principal y casi único el cubrir los puestos de trabajo de las obras que tenemos en marcha o insertarse entre los pobres o adquirir un título universitario... entonces lo importante será preparar buenos profesores o enfermeras o preocuparse por atender a las necesidades básicas de los vecinos. Todo esto es importante, pero más importante es todavía ser un/a buen/a religioso/a: adquirir una vida espiritual sólida y profunda con criterios de fe inconvencibles, con un hábito de oración constante, con una vida fraterna sincera y gratificante. Sea cual sea la situación, siempre deberán prevalecer los elementos señalados en el primer artículo² y que se sintetizan en el seguimiento de Cristo:

1. La roca en que todo se apoya es Cristo.
2. La experiencia de Dios centrada principalmente en la oración personal.
3. La vida comunitaria basada en las relaciones personales.
4. La misión evangelizadora comprometida e integrada en la formación.
5. El estudio, que en determinada eta-

pa, suele ocupar la mayor parte del tiempo.

2. EL/LA FORMANDO/A

Un buen número de candidatos/as vienen hoy con serias lagunas en el campo humano, cultural, psicológico, lo mismo que en el campo espiritual.

Sin embargo, cuando entran en la VR lo más general es la ilusión y el entusiasmo por empezar una vida nueva que les fascina y están dispuestos/as a entregarse con generosidad. No hay que permitir que se apague este fuego sagrado con exigencias de minuciosidades que no responden a sus ideales. Si no se les da una formación de “calidad”, al poco tiempo empiezan a experimentar decepción y cansancio. Cuando sucede esto, los/as formadores/as deben investigar seriamente si el Instituto responde a las expectativas de los/as jóvenes.

Dos omisiones imperdonables

No son las únicas, pero sí las más notables en muchos Institutos porque aún no han entrado en su “campo de conciencia”: la falta de *continuidad* en la formación después del Noviciado y la falta de *acompañamiento espiritual* durante toda la formación inicial.

“El pecado” más grave en esas Congregaciones sigue siendo el de mandar a las/os junioras/es inmediatamente después de los primeros votos a las obras apostólicas sin continuar la formación religiosa, sobrecargadas/os de trabajo y con responsabilidades para las que no están preparadas/os, o con unos estudios absorbentes que no les permiten vi-

vir con la debida intensidad su relación con Dios y su vida de comunidad. Casi todas/os ellas/os pasan temporadas de dudas y frustración. En algunos Institutos, ser junior/a es estar en crisis.

La General de una Congregación muy meritoria, me invitó a participar en su Capítulo General. Le respondí que me daba miedo porque sabía que muchas Hermanas no iban a aceptar mis propuestas. Acepté luego con la condición de que antes hicieran una encuesta sobre el índice de perseverancia durante el juniorado en los últimos años. La realizaron y resultó que en los últimos seis años habían hecho los primeros votos cien jóvenes y de ellas en ese mismo tiempo se retiraron 40, además de 11 profesas. Les pregunté si les parecían aceptables esas cifras. Todas las capitulares quedaron impresionadas y se propusieron organizar en cada Provincia un juniorado institucionalizado, de dos años de duración. Y lo han hecho.

El acompañamiento espiritual no es una práctica que se ha puesto de moda en los últimos años. Es una necesidad insustituible. La Exhortación Apostólica Vita Consecrata (66) dice que “el instrumento más importante para la formación es la conversación personal”. Hoy la formación ha de ser “personalizada” y en el diálogo personal se requiere que alguien ayude a objetivizar las cosas y a confrontarlas con el Evangelio.

Durante el noviciado, en la mayoría de los Institutos, los/as novicios/as suelen estar bien atendidos en su proceso espiritual. Al terminar el noviciado el/la joven se encuentra en una encrucijada: ha de integrar la vida espiritual que ha

vivido intensamente, con la vida real, con los estudios, tal vez en la universidad, con el apostolado en un ambiente nuevo, con nuevas relaciones personales, en una comunidad nueva, probablemente de personas mayores. El/la joven se siente solo/a y desorientado/a. La relación superficial con los miembros de la comunidad no es suficiente para acompañarle por tantos caminos desconocidos. Tampoco basta, en la mayoría de los casos, tener el cargo de superior/a para realizar con acierto ese acompañamiento. Y lo más frecuente es dejarse absorber por el estudio o por el activismo mientras se va perdiendo altura en otros aspectos esenciales y se llega a caer en una verdadera anemia espiritual.

Al terminar un mes de ejercicios a 25 junioras que se preparaban para votos perpetuos después de ocho años de juniorado, les pregunté cuál era la mayor deficiencia que habían encontrado en su juniorado. Las 25, unánimemente, dijeron que era la falta de acompañamiento espiritual. Las habían dejado abandonadas -suponiendo que las superiores respectivas cuidarían de ellas- y esto fue origen de muchos problemas afectivos y de crisis vocacionales.

3. LOS/AS FORMADORES/AS

Es enorme el esfuerzo que se ha hecho en América Latina para ayudar a la formación de formadores/as. La CLAR en los años 80 organizó una serie de cursos para formadores que se iban repitiendo por diversas regiones con equipos móviles de profesores. Luego se vio conveniente tener cursos fijos en diversos países. Ya existía el CETESP en Brasil,

de cuatro meses de duración. Se creó luego el de Bolivia (1986), de cuatro meses y medio; pocos años después el de Chile y el de Perú, de ocho o diez meses de duración; después el de Colombia, el de México, el de Nicaragua... Y hoy se puede decir que de una u otra forma estos centros están presentes en casi todos los países de América Latina y el Caribe. Lo cual indica que se ha ido sintiendo cada vez más la necesidad de preparar formadores/as y que ya son muchos/as los que dan un buen nivel a la formación.

Los *centros intercongregacionales*, que se dan en todos los países latinoamericanos y caribeños, también han contribuido grandemente a mejorar el nivel de la formación.

En la formación de formadores/as se ha ido incrementando el número de los/as que en la propia Congregación llevan normalmente el *acompañamiento espiritual* de los/as jóvenes. Se han ido preparando y con la experiencia han llegado a ser acompañantes de calidad. Esta es la verdadera solución. No hay por qué buscar exclusivamente sacerdotes, si una hermana puede tener más conocimiento del propio carisma y del talante femenino de las jóvenes.

Algunas religiosas, cuando descubren la riqueza y profundidad de este ministerio, se lanzan con entusiasmo a acompañar a jóvenes de ambos sexos con gran provecho espiritual. Es lamentable que durante siglos hayan estado enterrados estos talentos por prejuicios canónicos o por una mentalidad machista. Y aun hoy son muchos los Institutos, también

masculinos, que no han descubierto la necesidad del acompañamiento.

4. PROCESO DE FORMACIÓN

4.1 Prenoviciado o Postulante

Creo que en esta etapa hay que conseguir sobre todo dos cosas: fortalecer la base humana e introducir en la vida espiritual y hacer un discernimiento serio sobre la vocación religiosa, de modo que antes de entrar en el noviciado, ya quede claro que éste es su camino.

4.1.1 La base humana

Un buen contingente de vocaciones hoy proviene de sectores populares o del campo. Es tal vez la parte más sana y receptiva de la sociedad. Pero también es la menos preparada y requiere mayor cultivo previo a la formación religiosa. En la mayor parte de las Congregaciones se atiende con interés a este campo, aunque algunos siguen toda la vida cometiendo faltas de ortografía y arrastrando graves lagunas culturales, después de un bachillerato bastante deficiente. Así mismo, son muy frecuentes las heridas afectivas que arrastran desde la infancia y que tienen repercusiones, especialmente en las relaciones con los demás y en la vida comunitaria.

Hoy la vida comunitaria, basada en las relaciones personales, es mucho más exigente que antes del Concilio en que el empeño se ponía en la “observancia regular”. Generalmente se exige hoy el bachillerato para entrar en la VR y esto ha elevado la calidad. Pero todavía quedan conventos en que no hay un buen nivel cultural y entonces no se llegan a

captar valores profundos de la VC y son más frecuentes e infantiles las “faltas de caridad”. Hay que dedicar el tiempo necesario a reparar estas deficiencias.

Otros sí traen una base suficiente para captar los valores de la VC. Algunos han sido universitarios y ya tienen un hábito de estudio. Unos y otros vienen también inficionados por una vida “light” del ambiente y necesitan una buena dosis de “abnegación evangélica” y un empeño generoso que les haga aprovechar al máximo todas sus capacidades y energías al servicio de Dios y de sus hermanos.

4.1.2 La base cristiana

Hay que reforzar también la base cristiana. La mayor parte traen hábitos de algunas prácticas religiosas populares y algunos rezos. Bastantes han sido catequistas en sus parroquias, algunos han llevado vida de oración y acompañamiento espiritual. En general, el nivel espiritual es bajo. Incluso los que han estudiado en la universidad, o han entrado con un ideal social o cultural, suelen tener poca base de formación cristiana.

Sin embargo, cuando entran en la VR por lo general vienen con la ilusión y el entusiasmo por iniciar una vida nueva y dispuestos a entregarse con generosidad. No hay que permitir que se apague este fuego sagrado. Todavía hay Congregaciones en que no se les da una formación “de calidad” que responda a sus expectativas. Y al poco tiempo empiezan a sentir decepción y cansancio. Cuando esto sucede, los/as formadores/as deben investigar seriamente si el Instituto responde a las legítimas expectativas de

los/as jóvenes. Hay Congregaciones en que las defecciones siguen a un ritmo alarmante. Y la causa está a veces en los/as mismos/as jóvenes por las causas indicadas y por falta de selección, pero más frecuentemente está en los/as Superiores/as que ponen todo el empeño en exigir orden externo o minuciosidades litúrgicas, respeto y obediencia a los mayores, etc., pero no tienen nada que comunicar y quieren esconder con exigencias caprichosas, la falta de objetivos y de contenido. Donde se da una buena formación, los/as jóvenes responden muy bien y llegan a ser excelentes religiosos/as.

Es el momento de introducir en la vida espiritual y de *discernir la vocación* religiosa, de modo que, antes de entrar en el noviciado ya quede claro que éste es el camino al que Dios me llama. No dejar esta elección para el noviciado porque la indecisión le quitaría muchas energías y profundidad en el seguimiento de Cristo.

En este capítulo habría que introducir a los/as jóvenes ya en los dos aspectos señalados: la vida de oración y el acompañamiento espiritual. No confundir la oración con las oraciones o rezos, como si fueran el principal alimento espiritual. Estos sin la oración personal no tocan la vida. Se trata de introducir al/a la joven en el conocimiento y amistad de Jesús de modo que vaya sintiendo el gusto y la necesidad del encuentro frecuente con el Señor.

Hay postulantes en que ya se da mucha importancia y continuidad a la oración personal y ésta me parece la

mejor preparación para el noviciado. Otros, en cambio, dan prioridad a otras cosas con detrimento de la formación y vivencia espiritual. Es más, algunos ni siquiera en el noviciado le dan la prioridad a la oración ni la ponen como “el pan nuestro de cada día” y sólo la reservan para días de Retiro más o menos frecuentes. Dudo de que así se consiga la solidez indispensable.

Así mismo, el Pre-noviciado es el momento de fomentar las relaciones personales de cercanía y compañerismo entre los/as jóvenes y de confianza con los/as formadores/as. Es frecuente que en esta etapa surjan brotes de celos y envidias, especialmente entre las mujeres, y de individualismo entre los varones. Se requiere entonces la cercanía del formador/a y la creación de un ambiente de confianza y de mucha comunicación entre todos/as. Los silencio de timidez o de disimulo perjudican mucho las relaciones futuras y crean en algunos, problemas de aislamiento y desánimo.

En la dimensión apostólica es conveniente poner a los/as jóvenes en contacto con la realidad de los pobres y de los sectores más abandonados de la sociedad. Si los primeros pasos se dan con gente de clase media o alta, luego cuesta más ir a los pobres.

4.2 Noviciado

Es el momento privilegiado para poner cimientos sólidos a la VC. Y lo primero y la fuente de todo lo demás es *la oración personal*. La pregunta más importante a la que se ha de poder responder al término del noviciado es si el/la novicio/a

es hombre o mujer de oración. En algunos noviciados todavía se atiborra a los novicios/as con retahílas de rezos y con montones de tradiciones asfixiantes. La oración de la que se trata es sobre todo de tipo contemplativo en que se establece un “diálogo de amor con Quien sabemos nos ama”. El/la novicio/a tiene que llegar, mediante la contemplación a un verdadero “enamoramiento” de Cristo, semejante al que se da entre novio-novia, pero menos sensorial y más profundo. Hay religiosos/as que parece que nunca se han enamorado de Cristo y que rezan por obligación o por determinación voluntarista. Esto tiene como consecuencia la fragilidad de algunas vocaciones porque no se ha conquistado la afectividad para el Señor y entran en crisis ante la primera contrariedad que se presenta.

En las relaciones con los demás, en el noviciado se suele conseguir un ambiente de confianza con el/la maestro/a y con los compañeros/as, y hasta una verdadera amistad. Y en este ambiente el acompañamiento espiritual se realiza con fluidez y gozo. Es típico del novicio/a vivir con fervor y entusiasmo este primer encuentro con el Señor y con sus hermanos.

Así mismo *en el apostolado* se experimenta una verdadera satisfacción, semejante a la de los discípulos de Jesús que descubrieron la felicidad de “pasar haciendo el bien”. Hay que procurar que desde el primer momento el apostolado se realice entre los pobres o habitualmente viviendo en un barrio popular o esporádicamente los fines de semana. En este campo los/as jóvenes tienen la mejor disposición y no les asusta la austeridad.

4.3 Juniorado

La palabra “clave” es *integración* y el peligro *la discontinuidad*. Integración de los cuatro aspectos fundamentales: experiencia de Dios, comunidad, misión y estudios. La discontinuidad se da cuando se produce una *ruptura* entre noviciado y juniorado porque no se logra llevar de frente y de un modo equilibrado los cuatro aspectos indicados.

El inconveniente más frecuente es la sobrecarga de trabajo y de responsabilidades que no permiten dar a cada cosa su tiempo y lugar. A veces los estudios absorben todo el tiempo y energías; otras, es la obra apostólica que no deja un minuto libre. Otras, son todas a la vez: trabajo en el colegio, estudio en la universidad, actos de la vida comunitaria. Esto exige una vida inhumana en que ni hay tiempo para dormir lo suficiente y desbarata la VR. Además, no se encuentra a nadie que pueda acompañar espiritualmente a los/as jóvenes con periodicidad. Con lo cual, se les condena a la soledad... Y lo primero que cae es la oración personal y luego la vida de comunidad. Unos meses más tarde se produce una “anemia espiritual” muy peligrosa. Todavía son muchos los Institutos que esperan el milagro de que la persona se conserve sana y robusta sin alimentarse espiritualmente. En esos ambientes vienen con más frecuencia las crisis vocacionales de jóvenes y se crean psicosis colectivas de deserción.

Los estudios. El juniorado es el tiempo más apropiado para los estudios necesarios con el fin de ejercer una profesión, a veces indispensable para ciertas vocaciones. Pero es bueno constatar el

resultado de muchas experiencias. En primer lugar hay muchos que dan la primacía y la exclusividad a los estudios académicos. Y así alcanzan el título de maestros/as o de enfermeras/os, de psicólogas/os, de secretarias/os, etc. Sí, están preparadas/os para ejercer una profesión. Pero en su vocación religiosa se han quedado con conocimientos elementales que no están a la altura de los conocimientos técnicos de la profesión.

Se requiere una base sólida no sólo para ejercer el apostolado, sino también para la vivencia de la propia vocación. Frente a un mundo cada vez más hedonista, paganizado e incrédulo, la/el religiosa/o no tiene como hacer frente de un modo convincente. Su fe se ha quedado en el nivel de un adolescente piadoso. Y sobre todo, para poder vivir una VC hoy, se requiere tener una profunda vivencia del misterio de Cristo que ayude a integrar lo humano y lo divino en la búsqueda gozosa de un único propósito, el Reino de Dios.

Los estudios profesionales no deberían hacerse sin poner antes o al mismo tiempo una base teológica que ayude a dar el sentido a la actividad apostólica.

La dificultad principal: los estudios que exigen toda la persona y a veces no dejan tiempo para “ser religioso/a” ¿No sería mejor alargar un año la carrera y tomar menos materias? No es lícito sacrificar a la persona y su vocación para obtener rápidamente un título.

Sería injusto no reconocer que también son muchos los Institutos -y cada vez más- que han institucionalizado el ju-

niorado, donde conviven los/as jóvenes por varios años con un/a encargado/a que tiene cuidado cercano de cada persona. O bien, los/as jóvenes viven en lugares cercanos y la/el encargada/o las/os visita periódicamente. Y en cuanto al encargado/a cada vez ha ido mostrándose con más claridad la necesidad de que sea *una persona cercana y amigable*, que cree un clima de confianza. Es más importante esto que el tener conocimientos del carisma o de la historia del Instituto. Si los tiene, vale la pena aprovecharla para que dé clases o cursillos sobre el Instituto. Es más importante la dedicación y la cercanía amigable que el ser una persona de prestigio que está sobrecargada de trabajo y no puede atender a los/as jóvenes debidamente. Y ¡cómo se nota la diferencia entre quienes tienen este acompañamiento personal y los que no lo tienen!

4.4 Formación permanente

Se ha convertido cada vez más en una necesidad para quienes ya terminaron hace tiempo la formación inicial. El ritmo acelerado de los cambios sociales, culturales, pedagógicos, teológicos... hacen sentir la necesidad de ponerse al día. Y más todavía si se da la aceleración del activismo y la superficialidad de la vivencia espiritual, exigen detenerse y llenar depósitos, renovarse en conocimientos y en experiencia religiosa.

Hay Congregaciones que han tomado muy en serio la formación permanente y han hecho esfuerzos para que puedan ir pasando grupos de hermanas/os en determinados momentos de la vida.

Además de la renovación constante, es conveniente tener *cursos especiales* en que se acentúan ciertos temas más adecuados. Entre las experiencias conocidas, me parecen muy buenas aquellas en que se resaltan cuatro capítulos:

4.4.1 La experiencia de Dios

La formación permanente es un espacio apto para detenerse y dedicar tiempo a una relación prolongada y constante con Dios en la oración, rompiendo el ritmo acelerado de una actividad absorbente.

4.4.2 La vida comunitaria

Favoreciendo unas relaciones de verdadera “amistad en el Señor” con los compañeros/as. Que la vida comunitaria llegue a ser gratificante y un lugar de descanso y estímulo para el servicio a los demás. Necesitamos revisar nuestro estilo de vida comunitaria para que no quede en una simple convivencia pacífica, sino que llame la atención porque allí se vive el precepto del amor que hace exclamar a quienes lo ven, “miren cómo se aman”.

4.4.3 Temas académicos

Puesta al día en temas básicos de teología, Biblia, espiritualidad, algo de psicología, conocimiento de la realidad social y eclesial, etc. Es el campo en el que se hace más perceptible la necesidad de renovarse.

4.4.4 El apostolado

El apostolado encausado hacia los más necesitados. Que sea a la vez compro-

metido y controlado. Es de suma importancia *integrar* los tres aspectos fundamentales de la VC -oración, comunidad, apostolado- de modo que en el futuro se dé a cada cosa su lugar y su tiempo, y no se caiga en un “activismo desenfrenado”.

El ideal para la formación permanente es poder organizarla con los recursos de personal y de medios materiales del propio Instituto, pero no todos pueden. Y entonces se pueden aprovechar las oportunidades que ofrecen las Conferencias nacionales de Religiosos/as, completándolo con los temas propios del Instituto.

En síntesis, la formación debe ser en todos los Institutos la “primera prioridad”. Si se da una formación excelente se tendrá una Provincia, un Instituto excelente. Si se da una formación mediocre, el Instituto será mediocre.

Notas

* Desde hace varios números, la Revista CLAR viene publicando los aportes teológicos que el P. Carlos Palmés SJ, hace sobre diversas dimensiones del ser o no ser del religioso del Siglo XXI. Los temas anteriores se han referido a: “la experiencia fundante” (REVISTA CLAR No. 1 de 2006, págs. 21-33); “vivencia de la fe y seguimiento de Cristo” (REVISTA CLAR No. 3 de 2006, págs. 41-55); “vida comunitaria” (REVISTA CLAR No. 4 de 2006, págs. 45-58); “la misión evangelizadora” (REVISTA CLAR No. 1 de 2007, págs. 63-71) y “sencillez y pobreza” (REVISTA CLAR No. 2 de 2007, págs. 50-59). En esta oportunidad, la reflexión en torno a “la formación del religioso” se constituye en la sexta entrega de la serie.

¹ Para ver con mayor profundidad todo el tema de la formación puede consultarse mi libro LAS CINCO LLAGAS DE LA FORMACIÓN. Ed. Claret, Barcelona y Ed. CLAR, Bogotá.

² Cfr. Revista CLAR No 3-2006, “Ser o no ser: la VR del siglo XXI. Vivencia de la fe y seguimiento de Cristo”, p. 41-55.

